

EL TALLER DEL ERMITAÑO

NORMA MUÑOZ LEDO





TALLER DEL ERMITAÑO



 TALLER DEL
ERMITAÑO
NORMA MUÑOZ LEDO

loqueleg®

loqueleg®

EL TALLER DEL ERMITAÑO

D. R. © del texto: Norma Muñoz Ledo, 2021

D. R. © de la cubierta y el cartel: Saner, 2021

D. R. © Editorial Santillana, S. A. de C. V., 2021

Av. Río Mixcoac 274, piso 4, col. Acacias

03240, México, Ciudad de México

Primera edición: diciembre de 2021

Esta novela se escribió con el apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

ISBN: 978-607-01-4839-2

Impreso en México

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de manera total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

www.loqueleo.com/mx



El corazón es un órgano pequeño, y aun así trae mucho bien y gran mal; de él vienen buenos y malos versos, epitafios y sonatas, obras y más, églogas y cartas calumniosas. Es el junque sobre el que el mal forja sus flechas y la generosidad mezcla sus benéficas panaceas; el altar sagrado donde los afligidos ofrecen sus gemidos piadosos y los gozosos, sus exultantes cantos de alabanza; es el laboratorio de la amistad activa y el taller del ermitaño donde el amor confecciona sus deseos silenciosos, sus lánguidos suspiros, sus penas dulces y secretas, y las esconde bajo sus alas...

Matthias Claudius

IBAN DE IZOTEPEC A TLACOTEPEC

Esta novela está inspirada en un hecho real: Catalina daba clases en una comunidad del municipio Heliodoro Castillo, en la sierra de Guerrero. Encontró la muerte en un fuego cruzado, en un punto que se denomina Naranjito, cuando un domingo fue con otros instructores comunitarios a comprar sus abastos a la cabecera municipal.¹

¹ <http://www.sinembargo.mx/16-05-2012/234326>



PARTE I

EL CORAZÓN DE ANDREA



Andrea disfruta el agua fresca que cae desde la jícara sobre su piel, llevándose el sudor de todo el día. Lavar su pelo es lo más difícil, ¡lo tiene tan largo! Luego lo seca y lo peina, mientras canta quedito. De repente se oye la voz de Heriberta, preguntándole por sus niños. La sonrisa de Andrea al verla me hace saltar. La mirada de Heriberta le recuerda la de su mamá, sus ojos miran igual. Mientras Andrea le cuenta cómo van sus hijos en la escuela, entra Chelín, como le dice ella. Se llama Jocelyn y tiene seis años. Se acerca a su maestra y se sienta en sus piernas. Andrea le hace cosquillas en las plantas de los pies descalzos, la risa de Chelín me gusta. Heriberta platica y sonríe, casi tanto como Andrea, pero no igual que ella.

La sonrisa de Andrea lo ilumina todo. Cuando ella sonríe, los demás también lo hacen, aunque estén de malas. Heriberta

y Chelín se van, y Andrea vuelve a cepillar su pelo lacio, con tanto calor ya casi está seco, y eso que lo tiene hasta la cintura. Se oye un silbido afuera del cuarto donde duerme. Lo reconozco y doy un brinco, Andrea sonrío y todo dentro de ella se estremece de alegría. Luego se escuchan esos pasos que parecen bailar al ritmo de la música que hay en sus ojos. Sé que Brayan está en la puerta por su sonrisa infinita y radiante, que le da calor a todo, empezando por mí. Siempre sé cuando Andrea lo mira, aunque él no se dé cuenta, por la calidez que me llena, por la risa que se esconde atrás de su mirada, atrás de sus labios y que baila dentro de mí con cada latido. Brayan acaricia la mejilla de Andrea.

—Qué rico hueles —le dice y le da un beso.

¡Aaaaaah! Sus besos. Si él supiera cómo vibramos todos cada vez que la besa, lo haría todo el tiempo. Y él vibra igual, lo he sentido cuando la tiene cerquita, abrazada, y su corazón y yo latimos juntos, veloces, contentos. Se tumban en el catre y platican entre un beso y otro; del día, de los niños, de la familia que extrañan, de la escuela a la que volverá Brayan, de lo que hará Andrea cuando regrese... Hablan de todo, como si hubieran pasado años desde la última vez que se vieron y no sólo un rato. “¿Te vas a casar con Brayan?”, le preguntan los niños. “No sé, no sé”, contesta siempre Andrea, pero yo sé que eso es lo que más quiere. Ella es maestra de los de primaria, que son ocho. Y él, de los de secundaria, que son siete.

Hoy les darán de cenar en casa de Heriberta, como casi todas las noches. A ellos y a dos maestros que trabajan en otro pueblo, cerca de aquí. Heriberta y su marido Genaro los llaman cuando está lista la cena, pero hoy todavía no lo han hecho. Los estómagos están vacíos y los besos no alcanzan para llenarlos.

—Tengo hambre —dice Andrea.

En eso se oye un motor. Seis disparos muy cerca del jacal de Andrea le roban el aire y también a Brayan, que de inmediato apaga la linterna. Seis estallidos que dejan los oídos zumbando y a mí, corriendo como loco. Brayan abraza a Andrea, ambos se quedan callados. En la oscuridad y el silencio siento los latidos de su corazón, tan asustados como los míos. Una voz ronca arroja a la noche un grito retorcido:

—¡Que les quede claro, cabrones! ¡Aquí los únicos que les compramos la goma somos Los Tejones! Si sabemos que se la venden a otros, los chingamos a todos, ¿les quedó claro?

Más disparos. Ante el silencio humano, sólo ladran los perros. Pasa el tiempo. Los cuerpos sudan frío, la adrenalina disminuye, mi carrera también. Brayan y Andrea ya no prenden la luz. Se oyen pasos cautelosos afuera y un susurro de Genaro:

—¿Andrea...?, ¿estás bien?

—Sí, Genaro —contesta en voz baja—. Aquí está Brayan conmigo.

—Salgan ahorita, sin luces —ordena Genaro.

La piel de Andrea se enchina de miedo mientras camina al cuarto de tablas de madera donde viven Genaro, Heriberta y

sus hijos. No hay luna, no ve nada; se oyen los murmullos de algunas casas y el arroyo cercano, que tiene poca agua. “Por aquí”, les indica Genaro en la oscuridad. Andrea se acomoda al lado de Brayan, cerca del anafre, se siente el calor en las piernas. Los carbones encendidos son la única luz del cuarto. Heriberta está muy asustada, su respiración es desacompasada. Y sus hijos están mudos de miedo. Chelín viene con Andrea, se sienta en sus piernas y la abraza, ella acaricia su cabeza y la recarga en su pecho; su corazón late junto a mí sin alegría, como si sus latidos vinieran de un agujero profundo.

—Ya viene la raya —comenta Genaro—. A ver cómo se pone, Los Mezcaleros también quieren la goma.

—Pero siempre se la hemos vendido a Los Tejones —comenta Heriberta con la voz descompuesta, mientras sirve los platos. El olor de sus frijoles nos anima a todos.

Antes de dormir, Andrea trenza su pelo en la oscuridad y se acurruca en su catre, temerosa. Recuerda a su mamá y de inmediato la siento: sus ojos alegres, sus brazos gruesos, sus apapachos largos y tibios. Ella no quería que Andrea se fuera de maestra a la sierra. Si quería ser maestra rural, que se fuera a la Normal Vanguardia en Tamazulapan, a la sierra no. Pero Andrea estaba empeñada en irse desde antes. Y más aún cuando supo que Brayan, que ya estaba en segundo año en la normal, sí se iba.

El papá de Andrea es serio, de pocas palabras, pero yo sé cuánto la quiere. El abuelo había estado en la lucha del profesor

Lucio Cabañas, por eso él no tenía tanto miedo como su esposa: si la niña quería irse a la sierra, que fuera y viera, para que nadie le contara. Él sabe, igual que yo, que la sonrisa de su hija —que lleva el sol hasta los corazones más recios— es su espada y su escudo.

Olivia

Se había levantado temprano para disfrutar su té negro de cada mañana. Lo saboreaba despacio, mirando hacia los árboles del estacionamiento de Villa Olímpica, cercanos a su ventana. Una niña con trenzas había sacado a pasear a su mascota, un cerdo negro. Olivia sonrió, el animal y la niña le caían bien, aunque siempre se preguntaba quién quería un puerco por mascota. Terminó su té, suspiró y le echó un ojo a su agenda, siempre llena, con tachones, notas en todas direcciones y dibujos de caritas que denotaban lo que sentía por algunas de las actividades. La clase de pintura, a la que debía llegar en una hora, tenía ocho caritas felices. El entrenamiento de basquetbol, dos, y la tarea de Termodinámica química, una carita de ojos en cruz y la boca con la lengua de fuera. En la cita con Inés y Pablo en *el* bar coyoacanense

—era *el* porque siempre iban al mismo— había una gran cara sonriente.

Olivia tenía secretos. Probablemente más que la mayoría de la gente. Su gran secreto era que hablaba con su papá a diario. Y no sólo una vez, sino varias veces al día. La cosa era que su papá había muerto en un accidente, casi siete años atrás. Con frecuencia se preguntaba si no era extraño seguir hablando con él después de todo ese tiempo, pero bastaba una sacudida de cabeza para que la duda se fuera volando. No sabía si él podía oírlo, pero ella estaba persuadida de que se comunicaba con *algo*, y ese algo la escuchaba.

Obviamente no era un diálogo de tú a tú. Era más bien una conversación con sus memorias. Casi siempre ella era una niña, a veces pequeña, a veces la casi adolescente que era cuando él murió. Rara vez era la Olivia de veinte años que veía todas las mañanas en el espejo del baño. Mientras revisaba que sus pinceles, godetes, acuarelas y sus cuadernos con hojas de algodón estuvieran en una bolsa, y en otra metía shorts, tenis y una camiseta, recordaba una ocasión cuando tenía seis años y vio a su papá empacar su maleta, antes de alguna gira: “Cuando sea grande, voy a ser directora de orquesta, como tú”. Él la puso en sus piernas y le respondió: “Cuando seas grande, vas a ser todo lo que tú quieras”.

¿Tener veinte años ya era ser grande? Pintura, basquetbol, Ingeniería química, ¿eso era todo lo que ella quería? Sus pensamientos bulliciosos y preguntones la acompañaban mientras

llenaba un termo con agua y tomaba dos manzanas del frutero. Al abrir el refrigerador para sacar un yogurt, vio la nota de su mamá, con su letra estilizada y bonita: “Estaré en el ensayo. Regreso a comer a las cuatro”.

Pintaba un bosque en el crepúsculo. Estaba concentrada en las sombras, prácticamente negras.

—Me gusta que no le tienes miedo al negro —comentó Marcelo, el maestro, de pie a su lado.

Un recuerdo se movió dentro de Olivia, como una lombriz que se retuerce con la luz. “Todos los corazones tienen un lado oscuro”, solía decir Remigio, o como ella le decía, Remi. Ése era otro de sus secretos: pese a todo lo que había pasado y pese a los consejos de su hermana, machacantes como tejolote en molcajete, no pasaba un solo día sin que se acordara de él. Algunos recuerdos eran buenos, pero otros reciclaban un momento específico que había quedado fijo en su mente, y le costaba mucho trabajo no caer en él, como si su memoria se echara una y otra vez por el mismo tobogán. Y cada vez revivía la misma punzada de dolor en el centro del corazón.

—Yo experimentaré con el café —sugirió Marcelo, señalando un área del dibujo.

Olivia resopló. La acuarela no era un terreno donde la experimentación fuera tan fácil. El maestro encogió los hombros, sin darle importancia al resoplido.

—Y si no queda bien, vuelves a empezar —dijo al vuelo.

Ella resopló de nuevo, sin mirarlo. Marcelo Valverde se divertía. Tenía un puñado de alumnos, la mayoría lo trataba con respeto zalamero. “Maestro...”, le decían, pero ella siempre le dijo Marcelo. Aunque la primera vez que lo hizo él sintió un respingo ante la irreverencia, luego le dio risa. No entendía qué hacía estudiando Química en lugar de Pintura.

A las doce y media, Olivia comenzó a lavar pinceles y godes. Tenía media hora para llegar a la práctica de basquetbol. Al bajarse del coche en la entrada del gimnasio, un mareo la hizo recargarse en la portezuela. “Me bajé muy rápido”, pensó y se encaminó a los vestidores. El mareo no se quitó del todo hasta después del calentamiento. Llevaba quince minutos corriendo tras la pelota, lanzándola, burlando a las demás cuando sintió que algo bloqueaba la entrada del aire, como si cientos de dedos invisibles oprimieran cada alveolo. El mareo regresó veloz mientras ella sentía que sus oídos se inflaban hacia dentro; sintió las rodillas como gelatina y azotó en el suelo cuan larga era. De inmediato el equipo la rodeó. Veía las caras pasmadas de todas mientras hacía un esfuerzo enorme por jalar un aire esquivo, que se negaba a llenar sus pulmones. Manuel, el entrenador, llegó corriendo.

—¡Háganse a un lado! —gritaba—. ¡Déjenla respirar!

Él se hincó a su lado, mirándola asustado. Olivia jadeaba, su cuerpo parecía un hervidero de sensaciones extremas. Sentía la cabeza ligera, casi flotando separada del cuerpo, mientras un raudal de calor subía por su esófago como por la chimenea